

neral en jefe austriaco disponía de 26.000 hombres en Robbio, 38.000 en la línea de Mortara á Cozzo, 32.000 repartidos entre Lomello y San Nazaro, y 10.000 en Vaccarizza (1): salvo los batallones acampados en Vaccarizza, estas fuerzas de más de 100.000 hombres las tenía Giulay enteramente á mano, y podía emplearlas en una vigorosa ofensiva, con tal de no perder un minuto. Aunque los aliados hubiesen adelantado mucho su movimiento estratégico, no lo habían terminado. El 2 de junio se encontraban divididos en dos masas: el segundo y cuarto cuerpos y la guardia en torno de Novara; los piemonteses y el primero y tercer cuerpos, en los alrededores de Palestro y delante de Verceil. Estas dos masas se hallaban al menos á quince kilómetros una de otra, y el riachuelo Agogna, que entonces corría, había de hacer más lentas y difíciles las comunicaciones. Salvo el tercer cuerpo, que hacía dos días que descansaba, todas las demás tropas francesas se resentían algo de las fatigas de la ruta. ¿No era posible caer sobre una u otra masa? ¿No era posible batirlas una tras otra y trocar en un desastre aquella marcha envolvente ejecutada hasta entonces con tan rara felicidad?

La inercia no se convierte súbitamente en actividad, ni la pusilanidad en audacia. No faltaban, por otra parte, razones contra esa medida extrema. El tiempo era corto para tal proyecto. El temperamento y la educación de los generales austriacos se prestaban mal á una iniciativa atrevida. Se hubieran necesitado, además, tropas acostumbradas á largas marchas, y arrastradas como las que mandaba Bonaparte. Y, sobre todo, se hubiera necesitado á Bonaparte en persona. Se dijo que la combinación fué propuesta, pero hubo quien objetó las distancias y la falta de caminos suficientes para conducir las tropas á tiempo al lugar del combate. Por último decidióse la retirada al otro lado del Tesino (2).

Esta empezó en seguida y con un apresuramiento que contrastaba con la desidia de los días anteriores. En la noche del 2 al 3, los regimientos austriacos, después de una marcha de retroceso tan penosa como rápida, empezaron á pasar de nuevo el río, unos en Viverano y otros en Bereguardo. Los batallones acampados en Vaccarizza se replegaron sobre Pavia. El tercer cuerpo, encargado de proteger la retirada, fué el último que abandonó la ribera piemontesa. Al mismo tiempo, Giulay dió á Clam-Gallas, que acababa de llegar de Bohemia en ferrocarril, la orden de proteger á Milán y ocupar á Magenta. Deseoso de reunir todas sus fuerzas, el comandante en jefe austriaco llamó hacia Magenta á Urban, lanzado desde hacía algunos días á la persecución de Garibaldi. Urban obedeció, pero de mala gana, pues Garibaldi, que se había corrido imprudentemente hacia el Norte, se encontraba, á consecuencia de una derrota sufrida delante de Laveno, acorralado entre el lago Mayor y la Suiza, y parecía á la discreción de su adversario. La orden de Giulay salvó al famoso guerrillero. Mientras Urban marchaba hacia Magenta, tocaba á su término la retirada al otro lado del Tesino. El día 3, á la caída de la tarde, los austriacos, cansados de su marcha sin gloria, volvieron á ocupar, en medio de

(1) Véase la *Campagne d'Italie*, redactada por la división histórica del Estado mayor de Prusia, pág. 68.

(2) Véase *Campagne d'Italie*, redactada por la división histórica del Estado mayor de Prusia, págs. 67-70.

una silenciosa y triste obediencia, los acantonamientos que habían abandonado un mes antes para empezar la guerra.

Lo que era desaliento para los austriacos era esperanza para los nuestros. Estos habían comprendido la importancia del movimiento estratégico en que acababan de tomar parte, y con jovial animación descontaban los resultados del mismo. «Nuestra marcha, escribió el general Ducrot, es una de las más hermosas que se han operado en los tiempos modernos; es digna del gran emperador (3).» «Estamos ejecutando una de las maniobras más hermosas que se puedan concebir,» escribió por su parte el general Wimpfen (4). Los soldados, aunque algo fatigados de las etapas y descontentos de las distribuciones irregulares de viveres, hallaban una compensación en la riqueza del país, abundante en todo, en la hermosura del clima y sobre todo en la perspectiva de un próximo combate. No se cansaban de admirar las frondosas campiñas que cruzaban y que recordaban la rica Flandes, pero una Flandes inundada de sol y cerrada al Norte por la sublime barrera del monte Rosa. Mientras tanto, el primero y tercer cuerpos, juntamente con los sardos, completaban su evolución acercándose á Novara, y desde lo alto de la gran cúpula de la ciudad podían verse por todas partes, á través de la verde llanura, las tiendas de los dos ejércitos. Los piemonteses contemplaban con emoción aquellos lugares, poco antes testigos del desastre de Carlos Alberto y ahora llenos de las imágenes de la próxima revancha. No faltaba sino terminar el movimiento ofensivo que había de llevarnos al suelo lombardo. Al segundo cuerpo, mandado por Mac-Mahón y á la guardia imperial cupo el honor de ser los primeros que tomaron posesión del territorio enemigo. En 3 de junio el Tesino fué pasado, sin disparar un tiro, por la división Espinasse, utilizando el puente de San Martino que el enemigo sólo había destruido imperfectamente; luego Espinasse, relevado por los granaderos del general Mellinet, unió el resto del segundo cuerpo. Por su parte, Mac-Mahón, con la división La Motterouge y los cazadores del general Camou, había pasado el río delante de Galliate; de allí avanzó hasta más allá de Turbigo, y habiendo encontrado un cuerpo de tropa austriaca cerca del pueblo de Robecchetto, lo derrotó después de un corto combate, presagio feliz de las operaciones futuras. El día siguiente, 4 de junio, parecía el destinado para el paso del Tesino, no ya solamente por un cuerpo aislado, sino por todo el ejército. También iba á ser día de batalla, pues los austriacos, después de una inacción demasiado larga, iban por último á defender la entrada de los Estados de su soberano.

V

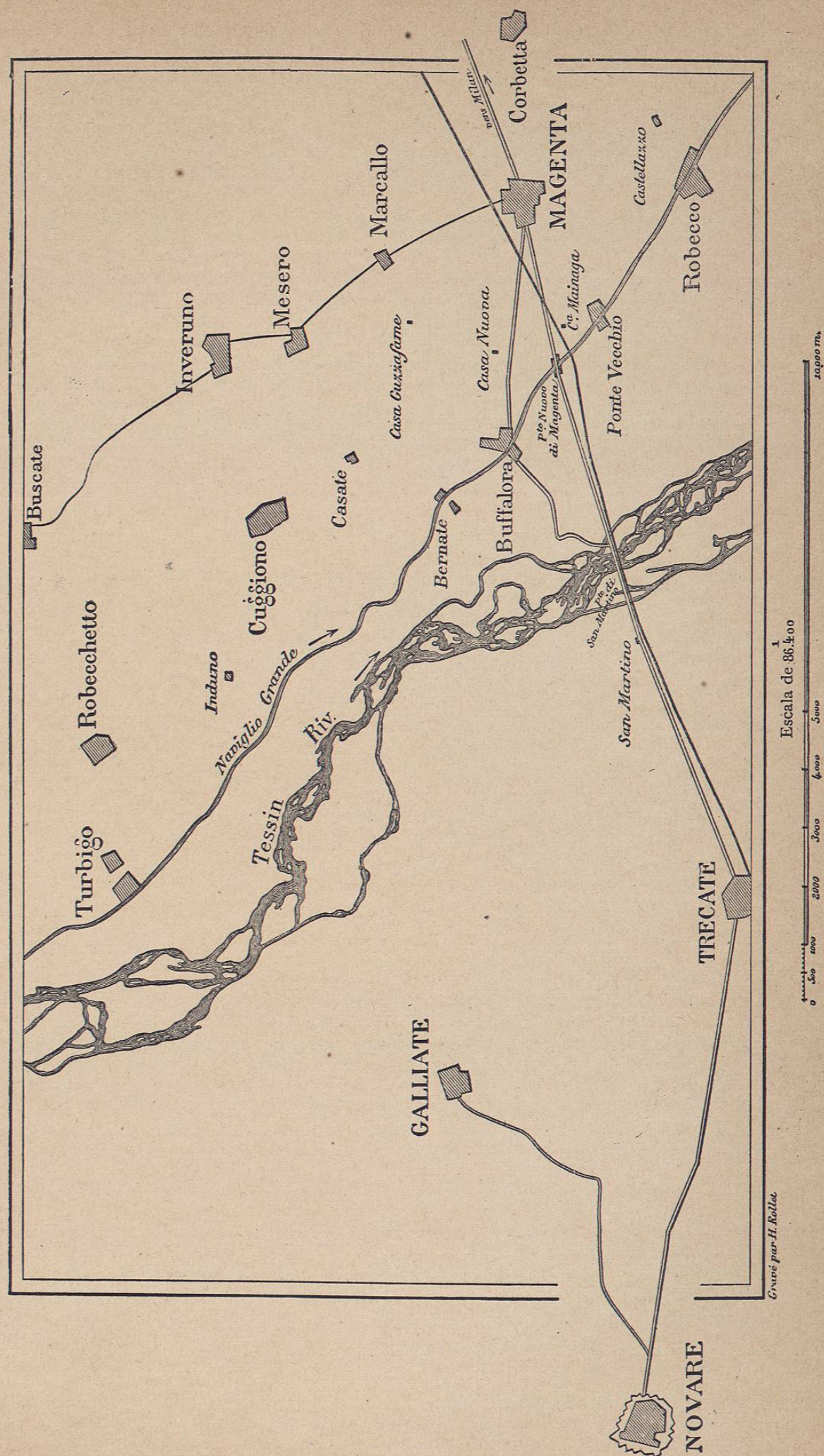
Saliendo de Novara por la puerta de Lombardía (5), se tiene delante una ancha calzada que, después de haber dejado á la izquierda un ramal que va á Galliate, sigue sin desviación hacia el Este, cruza Trecate, se eleva de trecho en trecho dominando la cuenca del Tesino, y después de un recorrido de unos doce kilómetros,

(3) General Ducrot, *Vie et correspondance*, tomo I, pág. 327.

(4) General Wimpfen, *Souvenirs et campagnes*, pág. 167.

(5) Véase el mapa adjunto.

BATAJLA DE MAGENTA (4 junio 1859)



crucía el río en la aldea de San Martino. Después la carretera se prolonga en derechura durante un espacio de tres kilómetros, atraviesa un canal llamado el *Naviglio grande*, se desarrolla hacia Magenta y de allí continúa en la dirección de Milán. A poca distancia de la calzada y casi paralelamente á ella corre la línea del ferrocarril que también atraviesa el río por el puente de San Martino y el canal á trescientos metros de distancia de la carretera. Ambas vías se cruzan antes de la estación de Magenta y, sin alejarse mucho una de otra, continúan hacia Milán.

Todo ejército que pase del Piamonte á Lombardía por la carretera ó el ferrocarril ha de encontrar, pues, dos obstáculos: el Tesino, ancho y caudaloso río de rápida corriente, y el *Naviglio grande*. La ocupación del puente de San Martino, mal destruido por los austriacos y en parte reparado por nosotros, había destruido el primero de dichos obstáculos. A tres kilómetros de allí subsistía la segunda barrera, el *Naviglio grande*, que Mac-Mahón había pasado por un puente, completamente al Norte, acampando la víspera en Turbigo. Protegido por altas escarpas casi verticales y por setos de acacias de entrelazadas espinas, el *Naviglio*, de unos veinte metros de ancho y muy profundo, parecía colocado adrede para preparar al invasor del suelo lombardo, ya dueño del Tesino, una sorpresa y quizás un desastre, pues si no podía pasar el terrible canal, peligraba ser rechazado hacia el río que tendría á sus espaldas. Así como las riberas del Tesino, cubiertas de saucedales y expuestas á las inundaciones, se hallan casi desiertas, las del *Naviglio* contienen muchos pueblecitos y casas de campo: yendo del Noroeste al Sudeste, se encuentran Bernate, Buffalora y, en el cruce de la carretera con el canal, Ponte Nuovo di Magenta, aldea compuesta de cuatro caseríos, dos á cada orilla, que en 1859 comprendían las oficinas de la aduana; á un kilómetro y medio de allí se ven los tejados de Ponte Vecchio y enteramente al Sur aparece Robecco. Todos estos pueblos, á excepción de Robecco, se hallan situados principalmente en la ribera izquierda, no teniendo más que unas pocas casas en la ribera opuesta. En la dirección de Milán se comunican con Magenta por medio de carreteras concéntricas, todas las cuales van á parar á este último pueblo. En la dirección contraria se hallan en comunicación con el Tesino y Novara por medio de cuatro puentes establecidos en Buffalora, en Ponte Nuovo di Magenta, en el paso á nivel del ferrocarril y en Ponte Vecchio. En el paso de la vía férrea los austriacos habían construido un reducto bastante importante y habían volado los puentes de Buffalora y de Ponte Vecchio. Pero, por llevar prisa, por negligencia ó por exceso de seguridad, habían conservado los otros dos puentes, contentándose con minarlos.

Aquella comarca, cortada por canales de riego, cubierta de moreras, álamos y sauces, parecía hecha á propósito para desorientar ó dificultar las maniobras de un ejército. La vista, limitada por todas partes, no descubre más que un pequeño punto del horizonte; el resto escapa, tanto más cuanto que el terreno, todo llano, en ninguna parte permite un examen extenso. Los únicos puntos de observación son los campanarios de los drillos rojos que se alzan al lado de las iglesias y cuyos vivos colores se destacan sobre la verdura que los ro-

dea. De esos campanarios, el de Magenta es el mejor observatorio: desde allí la vista abarca de un modo general, aunque todavía muy imperfecto, el conjunto del país.

Hacia el Oeste, una doble línea recta se aproxima, la de la carretera y la de la vía férrea, procedentes una y otra de Novara. Espesuras de álamos, abedules y altas hierbas, que cubren casi por todas partes la vista de las aguas, delinean el curso del Tesino. Más cerca aparece, con su línea de pueblecitos, la calzada del Navi-



El general La Motterouge

glio, uniforme, cortada en ángulo recto por la carretera y el ferrocarril. Muy al Este del Naviglio se ve en el llano todo un grupo de pueblos y aldeas; al Norte, Marcallo, Casate, Mesero, Cuggiono é Inveruno; al Oeste, Corbetta; al Sur, Castellazzo de Barzi. Magenta, pueblo de cuatro ó cinco mil almas, con sus casas apiñadas, su estación de ferrocarril, sus alquerías de gruesos muros propios para la defensa, forma el punto central de la región. Más allá de Magenta se prolongan la carretera y la vía férrea. En fin, al extremo del horizonte, por la parte del Este, se distingue en los días claros una masa de mármol tan blanca como la nieve de las montañas y que yergue sus chapiteles como las montañas yerguen sus picachos: es la cúpula que marca el sitio de Milán, de Milán, premio de la próxima batalla.

No se sabía á punto fijo dónde se libraría esa batalla, ni siquiera si habría necesidad de librarla, pues durante todo el día 3 de junio había reinado la mayor inquietud entre los aliados sobre los movimientos del ejército enemigo. Su retirada ¿era decisiva? ¿Iba, por el contrario, á desembocar de Mortara y tomar la ofensiva en la ribera derecha del Tesino? Nadie podía ase-

gurarlos. En tales circunstancias y para prevenir toda eventualidad, el emperador se había visto obligado á mantener sus acantonamientos sobre una línea muy extensa. El segundo cuerpo y los cazadores de la guardia habían avanzado hasta Turbigio; los granaderos de la misma guardia acampaban en Trecate, detrás del puente de San Martino; el tercero y el cuarto cuerpos se habían quedado en Novara, y el primer cuerpo se hallaba escalonado aún más atrás y observaba, al Sur de Novara, la dirección de Mortara. Hasta la noche del 3 al 4 de junio no llegó al cuartel general francés la noticia de la retirada austriaca. Ya entonces se pudo renunciar sin temor alguno á toda vigilancia de la ribera derecha del Tesino. Los granaderos de la guardia, reunidos en Trecate, tomaron las armas. Mac Mahón recibió la orden de disponerse á salir de Turbigio para avanzar hacia Magenta, al mismo tiempo que los sardos, reunidos en Galliate, seguirían sus huellas. El tercero y cuarto cuerpos recibieron á su vez la orden de salir de Novara y de avanzar hacia el Tesino. El primer cuerpo se quedó de reserva. Este plan sufrió algunas modificaciones de detalle, de modo que no se halló en plena ejecución hasta una hora muy avanzada del día.

De este retraso había de nacer un peligro que ya se podía sentir. Aquellos cuerpos, algo diseminados, ¿llegarían á concentrarse á tiempo y á concurrir, en caso de batalla, á una acción común? Si únicamente se calculaban las distancias, la contestación no era dudosa, á excepción, quizá, del primer cuerpo. Pero había que tener en cuenta lo interminable de las columnas obligadas á alargarse indefinidamente por las calzadas, mientras que el estado fangoso del suelo hacía con frecuencia los costados impracticables; había que tener en cuenta, sobre todo, la lentitud del paso del Tesino que aún no habían cruzado ni el tercero ni el cuarto cuerpos acampados en Novara, ni el primer cuerpo que se había quedado aún más atrás. Cuando Mac Mahón iniciase su movimiento sobre Magenta y cuando la guardia marchase hacia Trecate, las dificultades de la ruta y la aglomeración de tropas en el puente ¿no retrasarían el resto del ejército al extremo de hacerlo llegar demasiado tarde?

Las condiciones no eran muy buenas para librar batalla. Afortunadamente para los aliados, los austriacos se hallaban en tan malas condiciones como ellos. Giulay había acabado de pasar el Tesino en la tarde del 3 de junio y había establecido su cuartel general en Abbiategrosso. Su propósito era correrse al Norte y coger de flanco al ejército aliado si se atrevía á marchar sobre Milán. Pero su ejército no estaba menos diseminado que el nuestro. El noveno cuerpo se hallaba en los alrededores de Pavia y completamente fuera de la esfera de las operaciones inmediatas. El octavo se encontraba en las inmediaciones de Bereguardo, á siete leguas de Magenta. El quinto, aunque más próximo, no podía llegar hasta muy tarde. El tercero, acampado en Abbiategrosso, y la división Lilia del séptimo cuerpo, establecida en Castelletto, tenían que hacer una gran marcha para llegar hasta el enemigo. Las únicas fuerzas inmediatamente disponibles eran el segundo cuerpo y la mayor parte del primero, instalados alrededor de Magenta, la división de caballería de reserva, que vivacaba en Corbetta, y la división Reischbach del sép-

timo cuerpo, que ocupaba Castellazzo de Barzi (1). Esta dispersión recíproca de las fuerzas presagiaba una batalla parcial, aunque terrible sin duda. Los aliados tenían en favor suyo el prestigio de sus primeras victorias, y se encontraban menos fatigados que sus adversarios. Sin embargo, las ventajas de los invasores hubieran quedado compensadas con exceso si la destrucción de todos los puentes del Naviglio hubiese imposibilitado el paso del canal.

A las ocho de la mañana, los granaderos de la guardia salieron de Trecate; pasaron sobre maderos superpuestos el puente de San Martino incompletamente destruido; y mientras la artillería, para facilitar el paso ulterior de las columnas, establecía un puente de barcas más arriba del gran puente de piedra, avanzaron hasta que sus cazadores, que iban á la vanguardia, llegaron á las escarpas del Naviglio. Del uno al otro borde del canal se cambiaron algunos tiros. El emperador, que había llegado poco antes de las diez y media, mandó cesar el fuego, que consideraba prematuro. Quería que el ataque de la guardia para pasar á viva fuerza el Naviglio se combinase con la de Mac Mahón en la dirección de Magenta, y nada anunciaba todavía que éste hubiese comenzado su movimiento. Los granaderos se replegaron y, esperando nuevas órdenes, se concentraron más allá del Tesino.

Aventurándose muy lejos del resto del ejército, Mac Mahón había pernoctado en Robecchetto. Le estaba reservado el honor de abrir el camino á las demás columnas. Cerca de las diez, siguiendo las instrucciones del cuartel general, se puso en marcha y lanzó sus dos divisiones sobre Magenta, pero por vías muy distintas. La división Espinasse, describiendo una gran curva, tomó el camino de Castano y de Buscate, y se corrió á la izquierda al extremo de aislarse (2). La división La Motterouge, con la cual iba Mac Mahón, oblicuó á la derecha y avanzó por Induno, Cuggiono y Casate. La división Camou, de los cazadores de la guardia, provisionalmente agregada al segundo cuerpo, formaba la reserva. Al desembocar de Caggiono y llegar cerca de Casate, los batallones de La Motterouge tropezaron con los primeros destacamentos austriacos. Los cazadores argelinos atacaron al enemigo desalojándolo de Casate, lo persiguieron hasta Bernate y, sostenidos por el 45.º de línea, lo rechazaron hasta las inmediaciones de Buffalora.

Serían las doce del día. Desde el puente de San Martino el emperador oyó el tiroteo y, á través de los árboles, vió la humareda que descendía hacia el suelo. No le cupo duda que, habiendo empezado su ataque con tal vigor, Mac-Mahón iba á continuarlo con la misma energía. Creyendo que había llegado la hora de reanudar el movimiento poco antes interrumpido, dió á sus granaderos la orden de ocupar las orillas del Naviglio.

La magnífica división se hallaba entonces completada por los últimos destacamentos llegados de Trecate: componíase, además de los tres regimientos de granaderos, del regimiento de zuavos de la guardia. Sus jefes figuraban entre los más bizarros: tales eran los generales Mellinet, Wimpffen y Cler. Los soldados eran dignos

(1) Véase la *Campagne d'Italie* en 1859, por la división histórica del Estado mayor de Prusia, pág. 75.

(2) Véase el mapa intercalado en la pág. 320.

de tales jefes y se alegraban de inaugurar la jornada. Los zuavos y el primer regimiento de granaderos permanecieron en segunda línea, pero por poco tiempo. Los otros dos regimientos fueron dirigidos, el segundo hacia Buffalora y el tercero hacia Ponte Nuovo. En Buffalora, el puente había sido destruido, de modo que los nuestros, en la imposibilidad de pasar el canal, tuvieron que limitarse á un tiroteo más mortífero que decisivo. Muy diferente fué el combate que tuvo que librar el tercer regimiento.

Este avanzó siguiendo el pie del terraplén de la vía férrea; enfrente se alzaban el dique que ocultaba el Naviglio y el reducto que protegía el puente del ferrocarril. En un momento escaló el dique y tomó el reducto, y el puente cayó en nuestro poder antes de que el enemigo pudiera volarlo. Este esfuerzo corría el peligro de ser estéril si no lo seguía otra victoria. A unos cuantos centenares de metros al Norte del puente del ferrocarril había el puente de la carretera, es decir, el Ponte-Nuovo, con los cuatro grupos de edificios acoplados de dos en dos á una y otra orilla. Parapetados detrás de los edificios, los austriacos, vueltos de su primera sorpresa, hicieron contra los nuestros un fuego terrible, tan terrible que nos hubiera obligado en breve á abandonar nuestra conquista. Prontos á conjurar el peligro, los granaderos ladean el dique y, ocultándose en la espesura de las acacias, llegan hasta el pie del caserío. Después de un vivo tiroteo, se apoderan de los edificios de la orilla derecha; pero al ir á desembocar en la opuesta orilla, una granizada de balas los detiene. Al otro lado del Naviglio, los austriacos han concentrado importantes fuerzas: cuatro batallones de la brigada Burdina y á retaguardia la brigada Szabo. La tentativa hubiera sido vana si el general Cler, que se había quedado de reserva, no hubiese llegado con sus zuavos. Gracias á este auxilio, se toma el puente de la carretera, como acababa de tomarse el del ferrocarril. En seguida los nuestros se apoderan de las casas de la orilla izquierda. Los batallones de Burdina, después de haber perdido su jefe mortalmente herido, son rechazados en desorden sobre la brigada Szabo, y las columnas francesas, no sólo se hacen dueñas de Ponte-Nuovo, sino que avanzan audazmente por la carretera de Magenta.

Esto no era más que el primer episodio de aquel memorable combate. Los austriacos comprendían la importancia de la barrera del Naviglio, que aislaba á Mac-Mahón de los demás cuerpos de tropa é interceptaba al grueso del ejército la carretera de Milán. Había que rechazar cuanto antes al enemigo más allá de los puentes que por una fatal imprudencia no se habían cuidado de destruir. De Castellazzo de Barzi acudió la división Reischach del séptimo cuerpo. Desde aquel momento la lucha, apenas interrumpida, reanudóse con una inferioridad numérica terrible para los valientes granaderos de la guardia. En vano las últimas compañías del primer regimiento fueron conducidas al teatro de la batalla, lo mismo que algunos pelotones de cazadores montados reunidos rápidamente por el general Cassagnolles. Tan débiles efectivos no podían compensar el poderoso refuerzo que acababa de devolver la confianza á los austriacos un momento desconcertados. Nuestros soldados tuvieron que ceder al número y se retiraron, aunque paso á paso y sin dejar de batirse y hasta

intentando á intervalos algún movimiento de retorno ofensivo. Poco á poco fueron rechazados hasta el caserío de Ponte-Nuovo y luego hasta los puentes, el del ferrocarril y el de la carretera. En tan críticas circunstancias, los oficiales se multiplicaron. Mellinet á quien le habían matado ya dos caballos, iba de fila en fila. Cler se puso al frente de unas cuantas compañías é intentó un supremo esfuerzo por recuperar el terreno perdido. Se le vió avanzar intrépidamente más allá de Ponte-Nuovo y desapareció luego en medio del humo del combate. Pronto flaquearon sus columnas, y se distinguió un caballo sin jinete que galopaba á través de las filas rotas y fué á caer en el puente. «¡Es la yegua de Cler!» exclamó Mellinet. Al mismo tiempo, el teniente Tortel, ayudante del general, vino á anunciar la mala suerte de su jefe, muerto en medio de sus soldados. Aún no había concluido de anunciar la fatal nueva, cuando una bala le derribó al suelo sin vida.

Mientras tanto, se habían enviado mensajes al emperador, que se encontraba todavía en San Martino, para exponerle la urgencia del peligro y solicitar un auxilio indispensable. Desgraciadamente las tropas del tercero y cuarto cuerpos se habían retrasado á causa de lo largo del camino, á causa también de los bagajes y sobre todo á causa de la naturaleza del suelo que raramente permite salirse de la carretera; aún se encontraba lejos en la ribera derecha del Tesino. «No dispongo de fuerzas, contestó el soberano: sosteneos, añadió procurando ocultar su turbación; sosteneos, interceptad el paso.» ¡Interceptar el paso! Era evidente que hacía falta interceptarlo, pues si el enemigo hubiese pasado los puentes, ¿qué hubiera sido de la guardia, no teniendo más línea de retirada que la carretera de Novara y á sus espaldas el ancho río Tesino? ¿Qué hubiera sido de Mac Mahón aislado del resto del ejército? La necesidad de la resistencia multiplicó las fuerzas; granaderos y zuavos lucharon con una especie de emulación generosa á excederse mutuamente en resistencia. A fin de compensar la inferioridad del número, se atrincheraron en las casas de Ponte-Nuovo, en las obras del ferrocarril, á lo largo de las escarpas del canal, y se esforzaron al menos en contener á los austriacos á quienes ya no esperaban rechazar del todo. Afortunadamente para los aliados, la división Reischach, extenuada á causa de su rápida marcha y de la lucha, suspendió á intervalos sus ataques, lo que permitió que los granaderos reconstituyeran sus filas, recobraran aliento y se fortificasen un poco en su posición defensiva. Así se prolongó el combate con alternativas de actividad y de relativa calma y con episodios sublimes y terribles. Pero el cansancio empezaba á vencer á los más resueltos. Sin refuerzos, ¿podrían continuar la lucha indefinidamente? ¿Y qué iba á suceder si el enemigo tomaba los puentes?

Eran las tres y media, y la angustia llegaba al colmo, cuando aparecieron de pronto, á lo largo del terraplén del ferrocarril, los uniformes oscuros de los cazadores de infantería y, detrás, los pantalones encarnados de la tropa de línea. Era la brigada Picard, del tercer cuerpo, que acudía. Habían dejado sus mochilas para correr más aprisa. De minuto en minuto se acercaban venciendo los obstáculos que la naturaleza del terreno oponía á su marcha. Al reconocer á los cazadores del 8.º batallón y á los tiradores del 23.º de línea, los granade-